

XIV Domingo del Tiempo Ordinario C

Un paraguas para dos

“En aquel tiempo, Jesús designó otros setenta y dos y los mandó de dos en dos, a todos los pueblos y lugares donde pensaba ir él”. San Lucas, cap. 10.

“El amor es un paraguas para dos. Es un espacio donde no hay lugar para otra cosa que no sea dar...” Una hermosa canción de José Luis Perales que destaca la necesidad primordial del amante: Compartir.

Algo idéntico sucede con la fe. Apenas empezamos a conocer a Jesucristo, sentimos la necesidad de contar “lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que palparon nuestras manos del Verbo de la Vida”, como escribió san Juan.

Quienes seguían al Maestro experimentaban que su vida empezaba a transformarse. Y tal vez quisieron de inmediato buscar a sus amigos y parientes para compartir todo esto. Pero el Señor los detuvo algún tiempo, hasta el día en que escogió “otros setenta y dos, para enviarlos a todos los pueblos y lugares a donde pensaba ir él”. La frase del Evangelio nos advierte que este grupo era distinto de Los Doce que habían sido llamados de antemano.

San Lucas señala el objetivo de aquella correría: Anunciar que el Reino de Dios está cerca. En otras palabras: Contarles a todos que ya estaba presente el Mesías anunciado por los profetas. Que el Dios Altísimo se hallaba entre nosotros y un cambio interior comenzaba a gestarse en cada hombre, en cada comunidad.

De acuerdo con las costumbres de entonces, Jesús da a los enviados ciertas recomendaciones: Que no lleven demasiado equipaje. Al discípulo de Cristo le bastan pocas cosas para vivir dignamente. Habrían de saludar: “Paz a esta casa”. El Shalom, tradicional en Palestina después de tantas guerras e invasiones.

Les manda que curen enfermos. Lo cual, aparte de alguna sanación milagrosa, señala el cuidado normal de los dolientes, como tarea de misericordia. Y que no armen disputas con quienes rechacen su visita. Les bastará sacudir las sandalias y seguir adelante. Un gesto para significar que nada se llevaban de aquella gente hostil.

En todos los rincones de la tierra, en todos los estamentos sociales, descubrimos a diario la falta de Evangelio. De allí la corrupción, la injusticia, la

violencia. Y afirmamos que la Iglesia es la responsable del anuncio de Cristo, pero descargamos esa tarea sobre los hombros de unos pocos.

Cuando Jesús envía a estos setenta y dos, nos enseña que todos los bautizados somos enviados. Por lo tanto hemos de anunciar desde nuestra experiencia. ¿A quiénes? A cuantos nos rodean. ¿Con qué medios? Con el ejemplo, pero también con la palabra.

Descubrimos entonces variados mecanismos para llevar a Jesús al interior de la familia, del club y de la empresa. A la universidad, al grupo de amigos.

No seamos, como decía Fray Luis de Granada de los cristianos de su tiempo: “Tan enteros en la fe, tan quebrados en la vida”. Integrados en la teoría, fragmentados plenamente en la práctica.

El seguidor de Cristo, sin protagonismos ni regaños, anuncia, explica, ilumina, orienta, descubre la presencia del Señor en todas las circunstancias. Motiva a los demás para que se arriesguen a la aventura del Evangelio.

La fe, como el amor, es “un paraguas para dos, es un espacio donde hay lugar para otra cosa que no sea dar”.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y